

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Redactor,
LEONIDAS PACHECO.

EDITORES PROPIETARIOS,

José Antonio Soto— Próspero Calderón.

| | | | |
|------------------------|----------------------------|------------------------------------|---|
| PRECIO DE SUSCRICION: | | } Año I. Núm. 24. } | DIRECCION Y ADMINISTRACION, Calle de la Merced, n.º 3, Norte. APARTADO NUMERO 93. |
| En Costa Rica.....\$ | 0-75 trimestre adelantado. | | |
| En el extranjero....." | 1-00 | | |
| Número suelto....." | 0-15 | | |
| Números atrasados. " | 0-25 | } San José, 27 de Julio de 1888. } | |

Sumario.—A Delia, soneto.—Rasgos biográficos del Lic. don Juan J. Ulloa, por Gerardo Lara.—Irlanda á vista de pájaro, por Sila.—Biografía del General Menéndez, por R. B.—Adela, por Carlos Gagini. Una ciudad sin casas, por Gualterio.—Risas y Ranto, por Sirio.—Mi primera cana, por Cockman.—22 de marzo, por A. J. Echeverría.—Saturno, por R. M. Quesada.
Grabados.—Lic. don Juan J. Ulloa.—El General Menéndez.

A DELIA.

(SONETO.)

Desde que sigues, Delia, bienhechora
del triste peregrino la carrera,
mi hogar, que asilo de las sombras era,
la luz inunda de perpetua aurora,

De tu amor á la sombra protectora
en el yermo desierto y sin ribera
de mi vida creció la primavera
más halagüeña que la tierra enflora.

Y senti en el fervor de mi alegría
que hasta mi frente, que arrugó el desvelo,
un pedazo del cielo descendia;

porque cumplido mi amoroso anhelo
en ti yo tengo, para dicha mía,
perpetua aurora, primavera y cielo!

Setiembre de 1882.

JUSTO A. FACIO.

MEMORIA BIOGRAFICA

DEL

Lic. don Juan José Ulloa Solares.

El notable juriconsulto y estadista que motiva esta memoria, era hijo de don Nicolás Ulloa y de doña Florencia Solares. Nacido en la ciudad de Heredia el día 27 de setiembre de 1827, en ella hizo sus primeros estudios y luego pasó á esta capital á seguir los secundarios en la Universidad de Santo Tomás, recibíendose en Filosofía el 30 de marzo de 1845. Con el propósito de seguir la carrera del Foro, se trasladó á la capital de la República de Guatemala y allí obtuvo el grado de Bachiller en Derecho Civil el 10 de febrero de 1849.

Circunstancias de familia le obligaron á volver á su país antes de concluir su carrera; mas haciéndose superior á ellas y allanándolas en parte, volvió á aquella capital á continuar sus interrumpidos estudios, que coronó con su recibimiento de Abogado ante la Suprema Corte de Justicia, el 15 de febrero de 1853,—después de obtener en sus exámenes profesionales las mejores calificaciones, y merecer la recomendación más favorable de sus cátedráticos, por su constante amor y dedicación al estudio y notable aprovechamiento en la ciencia jurídica.

De regreso á Costa Rica se incorporó como Abogado en la Universidad el 13 de abril de 1853 y la Corte de Justicia hizo inscribir su nombre en el Catálogo de Abogados de la República.—Se dedicó en seguida al ejercicio de su profesión, distinguiéndose por la habilidad y honradez con que manejaba los negocios de sus numerosos clientes; y antes de dos años de su regreso, lo vemos ocupando por primera vez un puesto público de bastante importancia: el de Juez de 1ª Instancia de San José, empleo que desempeñó con acierto en 1855.

El año de 1856 William Walker invade la República de Nicaragua y pone en peligro la libertad é independencia de la América Central. Nicaragua, dividida y sojuzgada por la contienda política, no podía por sí sola repeler al invasor; mas Costa Rica, que comprendió los fatales resultados que podían sobrevenir si Walker lograba adueñarse de aquella República, se hace su aliada y declara al mismo tiempo la guerra al filibustero.—Con tal motivo y en tan azarosas como difíciles circunstancias, el gobierno de don Juan Rafael Mora que por entonces regía el país, tuvo á bien acreditar una Legación cerca de las otras Repúblicas de Guatemala, Salvador y Honduras, con el objeto de negociar con sus respectivos Gobiernos todo lo relativo á mantener incólume la autonomía de Centro América, recayendo en el Lic. don Juan José Ulloa el nombramiento de Secretario de dicha Legación.

En julio de este mismo año contrajo matrimonio con la distinguida y virtuosa señorita Elena Giralt, cuyo dulce y apacible carácter y rele-

vantes cualidades morales hacían que ella fuera muy estimada de todas las personas que cultivaban su fina é interesante amistad.

Derrocado don Juan Rafael Mora del poder á causa del movimiento revolucionario acaecido el 14 de agosto de 1859, su sucesor el Doctor D. José María Montealegre, hizo convocatoria á una Asamblea Constituyente.—La Carta Constitutiva emitida en consecuencia, la más liberal que registran nuestros anales políticos, está suscrita por el Lic. Ulloa, Diputado por la provincia de Heredia.

El 8 de mayo de 1863 se inauguró la Administración Constitucional del Lic. don Jesús Jiménez, electo por la voluntad popular para ejercer la primera Magistratura de la Nación.—Conocedor el nuevo Jefe del Poder Ejecutivo de la clara inteligencia, patriotismo y rectitud de carácter del Lic. don Juan José Ulloa, le llamó á compartir las tareas administrativas como miembro de su Gabinete, designándole para desempeñar la Secretaría de Estado en los despachos de Justicia, Gobernación y Policía,—en cuyo alto puesto dió pruebas de sus virtudes cívicas por su respeto á la ley y su mucha y provechosa laboriosidad.

Durante este honrado, prudente y previsor gobierno, suscribió el decreto de julio 30 de 1863, que establecía la Reclusión y Cárcel de Mujeres, para lo cual hizo donación de una casa el Obispo Llorente: el de 28 de junio de 1864, Ley Reglamentaria de este establecimiento; y además otras tres leyes importantísimas que hacen honor al país y al gobierno que las emitió, sometidas por él, como Secretario de Justicia, al conocimiento y aprobación del Poder Legislativo: la Ley Adicional al Código de Procedimientos, de 17 de octubre de 1864, y las de Concurso de Acreedores é Hipotecaria, de 3 y 31 de octubre de 1865.

Fué tal la confianza que llegó á inspirar á la Representación Nacional, que por decretos de 3 de mayo de 1864 y 1865, le designó para el ejercicio de la Presidencia de la República.

No debe pasar desapercibido un hecho que enaltece mucho al hombre público que nos ocupa: el de haber servido como colaborador de una Administración que fiel observante de la ley y de los principios republicanos, no vaciló ni por un momento en entregar el mando de la República, con la satisfacción del deber cumplido, al ciudadano á quien el pueblo, en uso de su legítima soberanía, tuvo á bien sustituir en los poderes de la Nación.

En 1869 fué Magistrado y Regente de la Corte Suprema de Justicia, y presidió la Asamblea Constituyente, sin desmentir en esta ocasión las ideas liberales que antes había dado á conocer.

La revolución efectuada el 27 de abril de 1870 dió por resultado el advenimiento al poder del General don Tomás Guardia.—Las ideas y principios que sustentaba el Lic. Ulloa no podían avenirse á aceptar como legítimo este gobierno, que más tarde había de atropellar la Constitución

y convertirse en Dictadura; así es, que en mayo del mismo año se retiró de su empleo de Magistrado, ocupándose de nuevo en el ejercicio de la Abogacía, — y como Administrador del Banco Nacional desde 1874 á 1877, en donde prestó útiles servicios á sus comitentes ó hizo sentir á alguien el peso de su energía.

Altivo y digno siempre, no quiso servir á la Dictadura, á pesar de que se le instó mucho estando ya mal de fortuna para que aceptase la Secretaría de Hacienda; y puede y debe decirse en alabanza suya, que fué uno de los pocos hombres que tuvieron entereza y fuerza de voluntad bastante para no sucumbir ante halagañeros ofrecimientos, permaneciendo durante ese largo período retirado y ajeno á la política.

Viro por fin la Administración Constitucional que nos rige; y el Lic. Ulloa, no teniendo inconveniente alguno en volver á prestar sus importantes y valiosos servicios, aceptó el nombramiento que se le hizo de Magistrado de la Sala de Casación de la Corte de Justicia, en cuyas altas y honoríficas funciones ahora, como en 1869, su fallo fué siempre justiciero é imparcial.

Electo para funcionar como Rector de la Universidad en el presente año, trabajaba con empeño por dotarla de otras aulas profesionales, siendo su principal mira dejar establecida la Facultad de Medicina.

De repente, grave é incurable enfermedad le postró y destroza en breve tiempo su fuerte constitución, dejando de existir en la madrugada del 23 de junio ppdo., á la edad de sesenta años.

Admiradores del preclaro patricio que ha bajado á la tumba, hemos escrito esta memoria, no sólo con el objeto de hacer la reseña de su vida pública y de juzgarla con sano y recto criterio, sino también con el de presentar á la juventud que se levanta un ejemplo digno de imitarse.

San José, 4 de julio de 1888.

GERARDO LARA.

IRLANDA A VISTA DE PÁJARO.

Dos palabras al lector.

Los viajes son indispensables para completar la educación científica, artística ó simplemente comercial. Por vasta que sea la erudición de un individuo, si no ha viajado, conserva algo de uraño y teórico en su saber. Los viajes aumentan la sabiduría del que la tiene; la dan á veces sin muchos estudios preparatorios; y en todo caso, con ellos obtienen cierto aplomo en el modo de ver y juzgar las cosas, aun los espíritus más superficiales y sin lastre.

La gran dificultad, la falta de suficientes recursos, es la que generalmente impide á los jóvenes el estudio del *gran libro*, y los elava en su ciudad natal, donde se extinguen y desaparecen roídos y empequeñecidos por las preocupaciones de campanario.

Ciertamente que el dinero es una palanca omnipotente y un elemento *sine qua non* para el viajero. Sin algunos recursos no es posible atravesar los mares y volar en alas de la locomotora. Pero las ideas reinantes en esta materia son exageradas y en su mayor parte falsas, porque son tomadas de los comerciantes ó de las familias ricas que viajan por su placer ó por su negocio, y no de los verdaderos *turistas*, esto es, de ese mundo de aves viajeras que recorren los cuatro continentes en busca de ciencia, de inspiración, ó al menos, devorados de una curiosidad de buen género.

Que el comerciante vaya á Londres, París ó Hamburgo, albergándose en suntuosos hoteles, no paseando más que en carruaje, y pase la noche en la ópera y el día en las fábricas y almacenes, se comprende, porque para ellos *time is money*. Que esos ligeros viajes de cuatro meses les cuesten dos ó tres mil pesos sin familia, y seis ú ocho mil con ella, también se comprende. Mas no son esas las excursiones á que me refiero. Ellas dejarán mucho provecho pecuniario ó muy alegres y agradables recuerdos; pero nada, absolutamente nada queda que aumente los conocimientos de los excursionistas. Un océano que se pasa mareado ó jugando al faro ó al *pokar*, tomando sendas copas de *champagne frapé* (helado). Un tren que conduce al mercader ó al capitalista á cuarenta millas por hora y no le permite ver otra cosa que una vertiginosa sucesión de sombras y luces; de túneles y estaciones. Hé ahí todo. Pero, de las costumbres de aquel pueblo, de su legislación; en una palabra de su modo de ser, nada y nada. Así es que si eliminamos el dinero ganado y los placeres pasajeros que no se repetirán ni volverán, queda cero.

No basta conocer las capitales y las muchedumbres que las habitan. No basta el trato de alguna que otra familia culta y educada. La gente llamada *decente*, en todas partes es la misma. La civilización ha nivelado todo en esa clase. El príncipe ruso, el magiar húngaro, el grande de España y el rentista holandés, visten casi lo mismo, comen y beben los mismos manjares y vinos, leen iguales libros y oyen música semejan-

te. Los grandes contrastes, las costumbres verdaderamente nacionales deben buscarse en las muchedumbres, esto es, en el pueblo de los campos, de las provincias y aldeas. En la choza, en la pequeña villa, el pueblo tiene el color local. El majo andaluz no se parece en nada al artesano de París. El gondolero de Venecia parece hecho de otra sustancia que el trabajador irlandés. ¿Qué tienen de común el inglés porta-avisos con el marino de Marsella?

Es, pues, á ese bajo fondo donde debe llegarse si se quiere conocer los hábitos y costumbres de las diferentes naciones, sin que por eso deje el viajero turista de tratar la flor y nata de las capitales. Sólo que, visto á un dandy en Londres, se han conocido todos los de su género en Berlín, Atenas, Madrid y demás metrópolis, etc., etc.

Es mi propósito, pues, comprobar con justificativos que un viaje sin lujo, una excursión modesta y sin pretensiones á igualar las gentes fastuosas del viejo mundo, esto es, un viaje que se hace con el objeto de estudiar y aprender en el gran museo de la humanidad, puede hacerlo un joven con pocos recursos, muy pocos, si se atiende á lo que aquí gastan los mismos; y esto sin privarse del teatro; sin tocar las terceras clases en ferrocarriles y vapores. Cuanto se necesita es: ó un buen compañero conocedor del asunto, ó buenos guías, ó sea libros indicadores de las localidades (que los hay excelentes). Llevad una buena provisión de salud, de juventud y de amor á lo desconocido y lo demás viene solo.

Esto entendido, entro en materia y comienzo describiendo una de mis excursiones en Europa, cuyo costo fué de \$ 300 y comprendió cinco meses gastados como sigue:

De New York á Irlanda; un mes de permanencia en Dublín. Paso del Canal de San Jorge; desembarco en Holyhead (Inglaterra); un mes en Londres. Pasaje del Canal de la Mancha. Dos meses en París. Vuelta á New York, vía Liverpool.— Todo en 1.^a clase.

I.

SALIDA DE NEW YORK.

En el día diez de diciembre de 1860. El trasatlántico *Britanicus*, cuya tripulación soltaba las últimas amarras del muelle del Norte, número 9, empezaba á alejarse de la tierra con la tranquila majestad de las co-

sas inanimadas cuando son movidas por oculta y misteriosa fuerza.

Doscientos pasajeros poníamos nuestra existencia en manos del capitán Stearing, y durante doce ó quince días, aislados del mundo habitado, íbamos á afrontar solidariamente los peligros del mar, del viento, del hielo, y lo que era peor, los de los malos encuentros en las tinieblas y bancos de Terranova.

Todos sabíamos de donde veníamos.— Ninguno conocía el destino de los demás. Todos debíamos tocar en San Juan de Terranova y desembarcar en la costa meridional de Irlanda; mas, una vez en el viejo mundo, difícilmente habla dos personas que tavieran por término del viaje el mismo punto.

Una mitad al menos eran norteamericanos, procedentes de New York, en donde quedaban sus familias y negocios. El resto se componía de rusos, alemanes, escandinavos é ingleses, según podía deducirse por el idioma que usaban. Sólo la lengua de Cervantes era desconocida en aquel pequeño mundo, pues el único que la hablaba era el que estas líneas escribe, y ningún otro la entendía.

Separado ya el vapor del muelle, no podían estrecharse las manos los amigos que se separaban. La madre, bañada en las lágrimas de la hija, no podía ya recogerlas con el beso materno, el más dulce y suave para la que lo da y para la que lo recibe. Los últimos adioses se confiaban á la brisa y se expresaban agitando los blancos pañuelos, los casquetes y sombreros.

Y el grande buque avanzaba hacia la Batería. Pronto la pasamos, y ya el grupo del muelle parecía un punto en la ribera; pero con ayuda de los binóculos podían distinguirse aún los pañuelos... por fin todo desapareció.

El terrible frío que en aquella estación se sentía, impedía la pronta marcha del vapor, pues los innumerables montones de hielo flotantes que se atravesaban, retardaban nuestra salida de la más hermosa rada del mundo, después de la de Río Janeiro.

Proscrito y desconocido de todos mis compañeros de viaje, tenía sobre ellos la ventaja de que nada dejaba en la tierra norteamericana que me hiciera dolorosa aquella despedida.

Allá en el centro de esa misma América, en el risueño valle del interior de Costa Rica, había quedado todo cuanto podía

en Honduras, se necesitaba un jefe de honradez, liberal y de confianza, y Menéndez mereció el honor de esa designación, viniendo á San Salvador á prestar sus servicios durante aquel conflicto. En aquella rápida campaña el ejército salvadoreño se apoderó de las principales plazas enemigas; el Presidente Medina, dejó de gobernar; apareció en el Gobierno hondureño el ciudadano Celio Arias, simpático al Salvador, y restablecido así el orden, los diferentes cuerpos del ejército volvieron á la República; mas por desgracia, el Presidente derrocado apareció bien pronto á la cabeza de una reacción poderosa; los salvadoreños marcharon nuevamente en son de combate al territorio hondureño, y el General Menéndez fué á hacerse cargo de la Comandancia General del Departamento fronterizo de Chalatenango, cubriendo la retaguardia del ejército de invasión.

En el mismo año de 1872 le fué conferido el grado de General de Brigada y confiada la Gobernación y Comandancia General de Ahuachapán. En el desempeño de sus funciones abrió carreteras, fundó un Hospital y muchas escuelas y se dió á conocer por su celo y su laboriosidad, por su empeño en propagar la instrucción popular y más que todo por su tolerancia, dando pruebas de esto último al dejar en completa libertad á los párrocos de su jurisdicción departamental para publicar en toda forma las pastorales del Ordinario eclesiástico sobre la ley de cementerios laicos y otras disposiciones que el clero consideró opuestas á sus intereses. Siguiendo el principio de tolerancia que él profesa y sostiene, piensa que las creencias del pueblo, como todas las creencias, han de ser respetadas, pero que ha de procurarse rectificarlas, difundiendo la enseñanza en las escuelas.

Siendo Gobernador pidió que se aumentase la dotación de los institutores, y como el Gobierno al principio se negó á esa solicitud envió su formal renuncia que no retiró sino cuando el Presidente de la República hubo hecho justicia á la causa de la educación popular, emitiendo el acuerdo solicitado.

En 1874, estalló la guerra entre el Salvador y Guatemala. Un ejército respetable dirigido por el General don Justo Rufino Barrios invadió el territorio salvadoreño. El ejército nacional se movilizó y el General Menéndez, abrazando con entusiasmo la causa nacional, fué encargado de atrincherar y defender la plaza de Ahuachapán, en calidad de segundo del General don Andrés Vanceverén. Durante la lucha, el enemigo, en número de dos mil hombres, interrumpió la comunicación entre Ahuachapán y el Cuartel general, situado en Santa Ana, y se apoderó de la población de Apaneca. La primera tentativa para desalojar al enemigo fué infructuosa. El enemigo, sin embargo, desocupó momentáneamente aquel punto, sin dada con el fin de volver con nuevas y mejores tropas, y de esta ocasión se aprovechó un puñado de salvadoreños para situarse en Apaneca. Cuando el enemigo volvió, em-

preñosa de una y de otra parte un encarnizado combate, en que todas las ventajas habrían estado de parte de los guatemaltecos, superiores en número, si el General Menéndez viniendo rápidamente de Ahuachapán, á la cabeza de cuatrocientos hombres, no hubiera entrado en lid; y desalojando al enemigo, á punta de bayoneta, de las casas del pueblo, le puso en completa derrota, quedando la comunicación entre Ahuachapán y Santa Ana, permanentemente restablecida. Esa conducta le valió el grado de General de División.

Terminada aquella sangrienta lucha por el convenio de Chalchuapa, que él desaprobó con energía, volvió á la vida privada á rehacer su fortuna destrozada por la ruina de sus haciendas. Desde esa época fué objeto de la desconfianza y recelo del entonces gobernante del Salvador, Dr. don Rafael Zaldívar. Su honradez acrisolada, su valor, su carácter independiente, sus honrosos antecedentes y sus principios nunca desmentidos de liberalismo puro, todo esto llamó la atención de sus compatriotas, y su nombre comenzó á figurar entre los de patriotas distinguidos, llamados á dirigir los destinos de la Nación. Pero estas mismas causas le debían también conducir á la cárcel ó al ostracismo, y durante nueve años sufrió la persecución más encarnizada de parte del Poder. No había revolución fraguada que no le aclamara á él por caudillo ni una revolución abortada y descubierta que no trajera por consecuencia la persecución del General Menéndez.

En 1879 hubo un motín en Ahuachapán hecho por los enemigos de Menéndez; la ciudad iba á ser presa del terror al recobrarla el Gobierno, é instado por sus amigos y por las familias de sus propios enemigos, aceptó Menéndez del Gobierno la Comandancia Departamental para garantizar aún á los mismos amotinados. Pacificado el país, instó porque su renuncia le fuese admitida, y Menéndez volvió á ser el fantasma que atormentaba noche y día al gobernante de aquel entonces.

En 1885 el Presidente de Guatemala proclamó la *Unión Nacional* y se declaró Jefe Supremo de los ejércitos centroamericanos. Menéndez llamado esprofesamente por el General Barrios, perseguido en aquel momento mismo por el Presidente del Salvador, sin tierra en que asentar la planta y viendo flamear del otro lado del "Paz" la bandera de Morazán y de Cabañas, consintió en formar parte de la cruzada, esperando que la corriente de los hechos determinara una solución favorable para la libertad y para la regeneración de estos pueblos, entonces oprimidos. Adherido al movimiento unionista que encabezó el General Barrios, Menéndez peleó en "Las Pozas"; mas el descalabro de Chalchuapa, le ha hecho pensar que la Unión vendrá más seguramente que por la fuerza, por la madurez de la opinión pública y por la asimilación de los intereses centroamericanos.

Muerto el General Barrios que había sido el único sostén del poder político del Presidente Zaldívar, latente la revolución en todos los ángu-

los de la República, el Gobierno del Dr. Zaldívar, vacilante ya y completamente desprestigiado, guardaba un equilibrio inestable. El edificio se oía crujir por todas partes; bastó para derribarlo un soplo de la opinión pública. El General Menéndez proscrito valía más ante la opinión que el Dr. Zaldívar después de la victoria de las armas salvadoreñas. Menéndez, comprendiendo, pues, la situación y animado siempre del deseo de producir un cambio regenerador, situóse en la frontera salvadoreña, hizo un llamamiento á los amigos, y á la cabeza de un grupo de patriotas, resueltos á dar libertad al Salvador ó á morir, invadió el territorio en mayo de 1885 y se apoderó de la población de Chalchuapa. Ciudadanos de todas partes ocurrieron á engrosar las filas del ejército libertador y dos días después la rica población de Santa Ana era ocupada por el General Menéndez. El Dr. Zaldívar sintió que la tierra le faltaba, depositó el Poder en el Designado, General don Fernando Figueroa, dejó su renuncia ante el Congreso legislativo y abandonó el territorio de la República. La revolución poderosa, acandillada por el General Menéndez, tuvo eco en Cojutepeque en donde á la voz del patriota José María Rivas se levantan legiones de hombres aguerridos dispuestos á luchar contra la tiranía. Se pelea y se triunfa en los campos de "El Bejuco", de Atiquizaya, de Cojutepeque, de Santo Domingo y en otros puntos, y la revolución planta al fin su bandera victoriosa en el Palacio Nacional de la Metrópoli.

La hora de la regeneración ha comenzado.— El General Menéndez, obedeciendo á las inspiraciones del patriotismo, aspira á dejar bien puesto su nombre en el aprecio de sus conciudadanos.— El tiene altos deberes de partido que cumplir, y el crédito, el honor, la importancia política de su patria, la paz bien establecida, forman su más bello ideal y en el caso desgraciado de un conflicto con alguna potencia extranjera, se haya capaz de sostener á todo trance y sin temor á las consecuencias, la dignidad, el decoro y la independencia de la patria.

No había aún triunfado definitivamente la revolución de 1885 encabezada por él, cuando este generoso caudillo emitió un decreto, altamente humanitario, aboliendo para siempre la pena de palos en la República.

En 1886 se emitió la Constitución liberal que actualmente rige, y conforme á ella fué electo Presidente el General Menéndez para el período que termina en marzo de 1891.

En el poder ha sostenido el General Menéndez prácticamente la libertad de la prensa, ha sido un escrupuloso y desinteresado administrador de las rentas públicas; está dando cima á todas las dificultades económicas originadas por los derroches de la administración pasada; ha dado la más decidida protección á la enseñanza popular, asunto que él considera como la base más segura para la verdadera organización de la República, ha puesto y pone dique á los abusos, infundiendo moralidad en la administración, y organiza con-

venientemente el ejército, no como una amenaza para los gobiernos vecinos con los cuales procura estar en paz, cumpliendo religiosamente con los tratados existentes, sino como una garantía en favor del orden interior y de la independencia patria.

San Salvador, mayo de 1888.

R. R.

ADELA.

(LEYENDA)

I.

No fué más bello el virginal semblante de la mujer primera que el de Adela: en su frente castísima ríela de la virtud el rayo deslumbrante con la albura del cisne cuando amante en la linfa del lago se desvela; su sonrisa es el aura tembladora que anuncia la venida de la aurora; y el velado fulgor de su mirada remeda la vislumbre que en la sineta de la enhiesta cumbre pinta al nacer el alba nacarada.

II.

Completan el caudal de sus hechizos los labios de coral, los negros rizos que en cascada ondulante se desatan, las líneas esculptó cas que retratan de la Venus de Milo la apostura, y fuera de la física hermosura que sólo para el vulgo vale tanto, le dan mayor encanto la inocencia de niña que se asoma á sus rasgados ojos, el talento, y la fácil palabra, en cuyo acento aprendió sus arroyos la paloma.

III.

Prendóse de ella Jorge al conocerla: el joven estudiante carecía de fortuna y de nombre, y al quererla con hondo desconsuelo la veía más lejos de su mano que la perla que guarda el fondo de la mar sombría. "Ella es rica y yo pobre!" tristemente decía á veces con amarga calma: "¿Cómo pensar en obtener la palma, ofreciendo á mi amada locamente por único presente el fuego inextinguible de mi alma?"

IV.

Como el enjambre bullidor de abejas que liban de la flor la miel preciosa, asediaba á la niña con sus quejas la turba juvenil enamorada; mas no aparece tan sereno el lago en la apacible calma de la tarde

como Adela escuchando el vano alarde de sus mil pretendientes: el halago de las tiernas promesas no tenía para ella encanto alguno, y parecía, indiferente al amoroso estrago, más que el acero y que la nieve fría

V.

La desdeñada corte murmuraba con intención aleve, que un secreto cuidado la embargaba y que en su pecho al parecer de nieve, una pasión ardiente se ocultaba. ¿Podía de otro modo justificarse aquella indiferencia con que veía y escuchaba todo? Hablando así la turba sin conciencia, llevada del despecho, ponía sin saberlo en evidencia el misterio inocente de aquel pecho.

VI.

El Cielo no formó la criatura como labra el artista la escultura en la piedra sin vida: es otro el sino de la mujer, de ese ángel de la altura que endulza con su amor nuestro camino. Adela amaba, sí: mas era un sueño la breve historia de su amor risueño: á Jorge conció, y adivinando con esa ciencia infusa que muestran desde niñas las mujeres, el culto que el manábo le rendía, sintió en su pecho virginal, confusa nacer ardiente y dulce simpatía.

VII.

Han pasado tres meses. Una tarde al punto en que hace alarde de su luz más hermosa el sol poniente, y la sombra cobarde se fonde por el llano lentamente, sentados á la orilla de una fuente, están Adela y Jorge: sus amores han dejado de ser dulce secreto; el fulgor indiscreto de sus ojos había revelado de la pasión oculto los ardores, y había á los amantes acercado.

VIII.

A sus pies se estrellaba el oleaje del alterado mar: sobre el follaje arrancado del bosque por el viento, hablabanse los dos con el lenguaje inspirado por Dios al sentimiento. Adela está muy triste: en el semblante del joven estudiante hay más tristeza aún: los dos rendidos al grave peso del dolor se miran con ojos por el llanto humedecidos, y á menudo suspiran ocultando sus íntimos gemidos.

IX.

“Ya lo ves, alma mía, dijo Jorge: inútil es que forje ilusiones de amor y de ventura:

es muy distinto el sino que Dios nos señaló desde la altura; vivir siempre feliz es tu destino, el mío.....desencanto y amargura.” —¿Y llevas á tal grado el desatino, Adela interrumpió ya sonriendo, que das oídos á la vil malicia de los que andan por ahí diciendo que tu amor no es amor sino codicia?”

X.

“¿Vale más para tí la voz del mundo que la mía? La ruin maledicencia como reptil inmundo se goza en amargarnos la existencia: despréciala cual yo, como yo olvida la artera sociedad que corrompida todo lo vende, prostituye ó gasta; para ser muy feliz á mí me basta que me ames con pasión toda la vida” Calló la joven con rubor, mas viendo su exortación ternísima perdida, de esta manera prosiguió diciendo:

XI

“Desecha, Jorge mío, el íeigo y persistente desvarío que á mis ojos arranca triste lloro; ¡maldices la pobreza y ansias oro! quien tiene como tú grandes talentos, hermoso corazón, nobles alientos, no debe ambicionar otro tesoro. Si has menester riquezas, las que tengo son tuyas nada más, eso es muy claro; y no vuelvas jamás con el reparo de la murmuración, pues te prevengo que hacer caso á los necios cuesta caro.”

XII

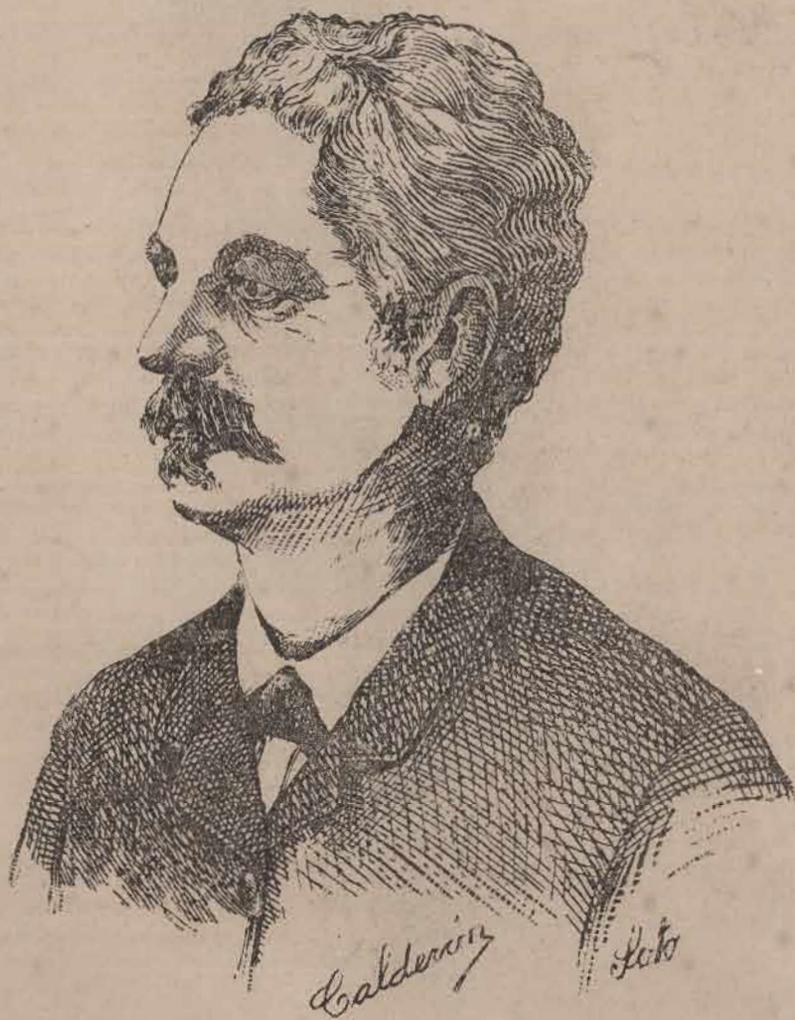
Jorge escuchó la oferta generosa de la doncella hermosa estrechando su mano conmovido y lleno al mismo tiempo de tristeza, porque su orgullo herido le veía aceptar tanta nobleza. —“¡Un año nada más, un año pido! *repuso: estoy resuelto* á tomar á mi cargo cierta empresa de segura ganancia y no la suelto: si al cabo de ese término no he vuelto es porque he sido de la muerte presa.”

XIII

A disuadirle de su firme empeño no fueron ya bastantes de la niña las súplicas amantes ni las ardientes lágrimas. El sueño se había disipado en un momento, á los rudos embates de la vida, como nube perdida que de improviso desvaneca el viento, ¡Partir era preciso! La esperanza de grato porvenir le sonreía, y Jorge ya sabía que con fe y con amor todo se alcanza.

XIV

Poco después, al despertar la aurora de un día de verano,



LIC. DON JUAN J. ULLOA.

Nació en Heredia el 27 de Setiembre de 1827 † en San José el 24 de Junio de 1888.

GRABADO DE JOSÉ A. SOTO.



General don Francisco Menéndez,
Actual Presidente de la República del Salvador.

GRABADO DE JOSÉ A. SOTO.

del Limón alejose voladora
una nave gallarda; en el lejano
confín del horizonte
perdióse poco á poco, y mientras tanto,
sobre el pequeño y solitario monte
que domina la playa, amargo llanto
vertían dos mujeres:
una era Adela, la otra venerable
la madre inconsolable
que perdía al más caro de los seres.

(Continuará).

UNA CIUDAD SIN CASAS.

Propósito de paradojas y á guisa de introducción, pido permiso al lector para traer á cuento, aunque sea de los cabellos, la paradoja mayor que se realiza en el carácter nacional, cuyas rarezas explican, entre otros fenómenos que no es esta la ocasión de mencionar, por qué es casi desconocida de mis compatriotas la ciudad sin casas.

Digo que el carácter de este pueblo es esencialmente paradójico; que si nó lo fuera cómo se explicaría que en un país pequeño como este y por cuya integridad son tan celosos sus habitantes, sea casi desconocida y apenas haya quien sepa la historia, lugar y bellezas de la ciudad sin casas?

Cuando me encontré en medio del paraje que le sirve de asiento, experimenté una emoción nueva, mezcla de placer, de orgullo y de rubor; que es por demás pintoresco, es magnífico,—y yo, que no soy un niño, jamás había contemplado el precioso paisaje, no obstante la brevísima distancia á que se halla de esta capital.

Sin prolongar más de un segundo mi bochorno, pues soy conmigo demasiado benevolente, reflexioné: si fuesen muy pocos los josefinos que conocen este sitio ¡qué felicidad ser yo uno de ellos!; si fueren demasiados ¡qué pena para mí verme obligado á admitirlo en secreto!

Así se de poner término á mi duda probé, con temor en ocasiones y fingida confianza á veces, en tertulias y corrillos, si era poseedor de un descubrimiento ó digno de una zumba como el simple que, entre gente de humor y de chispa, celebrando á carcajadas de antemano su ingenio, cuenta con frase interrumpida por risa que le ahoga, los chascarillos con que hacia cosquillas á Noé la tripulación del Arca.

Peró qué agradable solución; la ciudad sin casas no es conocida más que de unos pocos campesinos que habitan en los suburbios, pues los moradores del pueblo vecino aunque la cruzan cuando tienen que dar sepultura á sus muertos, ni admiran su belleza por tener la ciudad sobre los ojos, ni podrían admirarla en sus procesiones al cementerio, porque el ánimo preocupado con la idea del *no ser* se recoge en un solo pensamiento: el misterio de la muerte; y nada ve de lo que le rodea por mirar la fosa en donde van á ser depositados los despojos del exánime, llena ya de luctuosos pensamientos, de lágrimas y de plegarias.

¿Por qué no se conoce la ciudad sin casas?

Responden por mí los contrastes de nuestro organismo moral, la idiosincrasia de nuestro pueblo, la paradoja á que aludí.

He aquí algunos ejemplos:

Nuestro pueblo es incuestionablemente religioso,

peró por ganar indulgencias no se hubiera cruzado para exterminar á los infieles.

Es moral, "más no corta la mano ni saca el ojo que lo escandaliza".

Es virtuoso, sin que le preocupe la bienaventuranza, sin renunciar al *placer de los dioses*, y sin tomar papel en el quinto coro de los espíritus celestiales.

Es sensible al bien, peró se ríe de la doctrina de Kaut.

Ama la propiedad, peró gasta sus riquezas en la lid judicial ó las ganancias de un año en un día de fiesta.

Es expansivo en la intimidad, peró susceptible:

Es pacífico y juega la vida con cualquier adversario por la cuestión más baladí.

Ama la libertad y el derecho, más no los defiende cuando le son arrebatados.

Celebra los buenos gobiernos y detesta la política.

Idolatra, en fin, su tierra y no la conoce.

¡Qué de extraño tiene pues que siendo admirador de lo bello y de lo bueno, sea indiferente ante las bellezas y bondades de su tierra!

Conozco muchas gentes que viven á tiro de cañón y aún de rifle de esta capital y que no la han visitado jamás; entre ellas, ancianos que recibieron las bendiciones del Obispo Tristán y que sintieron los temblores de San Estanislao.

Conozco también personas que han viajado por Europa y América que conocen todas las interioridades de la vida de París y de Londres y de Berlín, y que ignoran las costumbres de su país y cuales son sus elementos de vida y las fuentes de su progreso; y aunque esto es achaque no sólo de los costarricenses, sino de todos los hispano-americanos, me llama la atención el fenómeno más aquí que en otras partes por la facilidad que prestan las cortas distancias entre las poblaciones y territorios para ser conocidos con el más pequeño esfuerzo de voluntad.

Yo bien sé que la consagración nó interrumpida de los costarricenses al trabajo rural y á los negocios de comercio es la mejor excusa que les abona para dedicar sus ligeros ratos de ocio á los placeres del hogar, más bien que á las excursiones por los pintorescos campiñas, selvas, volcanes, lagunas, torrentes y escarpadas que tanto asemejan nuestro suelo al de la encantadora Suiza; peró sé también que el predominio de la industria influyendo en nuestro glacial temperamento, hace que el espíritu nacional sea un tanto refractario á las emociones del arte, y bastante rebelde á las leyes de la estética.

La ciudad sin casas que me propongo trasladar á "Costa Rica Ilustrada" para que la conozcan los que leen esta hoja, sin necesidad de retirarse un día festivo á dos kilómetros de la capital, no es uno de esos paisajes en que los caprichos de la naturaleza se dan cita para sorprender el espíritu humano; nó se ven allí esos prodigiosos contrastes en que los elementos que ofrece el planeta al bien y regalo de sus moradores, se combinan artísticamente para producir admiración y respeto; nó existe allí ni una eminencia gigantesca semeiante al pánoptico aláximo de le donde vigila Irazú con su mirada de fuego á los eternos prisioneros de la tierra: Atlántico y Pacífico; nó existen allí encantadoras lagunas como aquellas que, cercadas de cocales y palmares, pobladas de aves canoras y de gallinos y tersos cisnes, alimentan con sus aguas caudalosas el Matina y el Colorado. No existen tampoco en sus contornos majestuosas cataratas como las que, entre las escarpadas rocas de Orosí y del Brasil, al

deslizar su ancho torrente desde la altura, juegan con la luz del sol descomponiéndola en iris infinitos al cruzar los rayos luminosos la turbulenta espuma que producen las aguas al chocar sobre los designales riesgos.

La ciudad sin casas no es un montón de ruinas ni un pueblo que vive á la intemperie; no es un aduar ni un campamento; es el proyecto de la que estuvo á punto de ser la tercera capital de Costa Rica.

Diseniada en una de las campiñas mejor dotadas por la naturaleza para servir de asilo á una gran población, habitan en ella tan sólo alegres y pintadas avejillas, flores de riquísimo aroma, hospitalizas apetitosas por su verdor y frescura, lujosos y exuberantes cafetos, orgullo del lugar, y alguno que otro animal doméstico que padece libremente en sus calles espaciosas, calles que alfombra la verde yerba con que la pudorosa tierra cubre su epidermis y la defiende del rigor de las estaciones.

El terreno que ocupa la ciudad sin casas es plano como la superficie de un lago y forma un cuadrado perfectamente cuadrado de no menos de un kilómetro de longitud por cada uno de sus lados. Por la exactitud y rigurosa delineación de todas sus manzanas parece un enorme tablero. El nivel de esa superficie no es obra del arte, sino de la naturaleza.

Disenren á la altura de la tierra sobre sus cauces, arroyuelos en cuyas líneas cristalinas se bañan las aves del campo y juegan las mariposas.

La planicie se prolonga hácia el Norte hasta larguísima distancia y por el Oeste hasta las vegas del profundo y pintoresco Virilla.

Mirando al Occidente de cualesquiera de aquellas calles solitarias en una mañana de enero, casi se descubren hácia el lugar donde terminan las montañas de Dota, las aguas azules del Grande Océano; y los celajes que tanto embellecen nuestro horizonte al declinar el día, de ningún punto se contemplan más hermosos que de la ciudad sin casas.

A la entrada de la estación lluviosa cuando florece el café, es la ciudad sin casas inmenso ramillete cuyo perfume balsámico se siente aún más allá de sus confines.

Y en nuestras tardes estivales cuando sazonan los frutos de la tierra cómo incitan á los placeres campestres aquellas fuentes que brotan espontáneas bajo la enramada, aquellas auras vivificantes, aquellos bosquecillos que dan sombra y frescura á las aguas del Virilla, aquellas arboledas nutridas de manzanas y granadas y de riquísimas anonas, naranjas y sandías!

Pocos espectáculos hay tan gratos como el contraste que ofrecen al levantarse el astro del día, las calles y bocacalles en la ciudad sin casas. Los árboles de los cercados, de abunante y espeso ramaje en lo general, confunden su capa con las del cerco vecino, formando una especie de gruta, tanto más oscura cuanto que el pavimento es enteramente verde. Como es natural, las calles abiertas de Occidente á Poniente están perfectamente iluminadas en las horas de la mañana sin que á las que corren del Norte al medio día les entre un rayo de luz antes de que el astro se aproxime al cenit; y he ahí cómo colocándose en uno de los extremos de estas calles, se observa que de cien á cien varas cruza un torrente luminoso semejante á las Hamaradas que se escapan por puertas y ventanas de un edificio que se incendia.

La ciudad sin casas está situada al Oeste del pueblo de San Juan y fué hecha de orden de don Braulio Carrillo, pero su pensamiento no fué secundado, y la nueva ciudad aún espera pobladores.

Y ¡cosa singular! ni los vecinos de San Juan ni los de las aldeas vecinas han variado en lo más mínimo el estado en que dejó Carrillo la ciudad sin casas. Fuera de la línea que hace el perímetro de la proyectada capital, crecen las poblaciones; dentro de él no hay ni un techo puzo. No parece sino que aquellos honrados pobladores de los suburbios, respetando el pensamiento del hombre de estado, siempre obedecido; y teniendo su ira aún no se atreven á profanar el lecho virgen preparado para recibir la tercera metrópoli costarricense!

¿Será que el porvenir dispone que se cumpla la voluntad de aquél gobernante? No lo creo, pues San José se ensancha por otros rumbos. ¿Será que el espíritu del ex-jefe de hierro se cierne sobre el campo solitario de la ciudad sin casas y que el nuestro, sin darnos cuenta de ello, teme que al trasladar nuestros hogares allí donde el acerado reformador lo dispuso, trasmita á otros gobernantes su voluntad inflexible, su autoridad severa y su temple dictatorial?

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el pensamiento de Carrillo era levantado, que una capital nueva en aquella época en que las provincias del interior se disputaban el derecho á poseer la metrópoli, era la prudente solución del conflicto, la cesación de la *ambulancia*; y que si el proyecto se hubiera ejecutado totalmente, podríamos estentur hoy una capital más bella y más sana que la que tenemos.

Mas todo no fué perdido, que la realización en parte de la idea, si á nadie aprovechó, yo reclamo la excepción, pues me ha proporcionado tema para este trabajo ilitero con que gustoso satisfago la benévola invitación que me ha hecho el Redactor de "Costa Rica Ilustrada" para visitar amigos inmerecidamente la tribuna de oro consagrada á los ingenios y á las musas de la patria.

Gualterio.

San José, 20 de junio de 1888.

RISAS Y LLANTO.

CAPITULO XII.

Reconciliación.



JULIO ROSALES encontró a Elena sola, con una chiquita de cinco años que la acompañaba, y sin perder tiempo en rodeos, aracó directamente la plaza.

—Elenita, no es posible que las cosas continúen como están entre Ud. y Roberto. Ignoro lo que haya pasado entre Uds., pero supongo que el persistente empeño de Ud en alejar á Delgado y martirizarlo, tiene una causa que no se negará á indicarme si puedo esperar de mi mejor amiga esta explicación?

—Está Ud. en un error, Julio. Nada ha ocurrido entre Roberto y una persona que, como yo, no tiene derechos ni deberes que reclamar de él. Delgado es hoy lo que ha sido siempre para mí, un amigo. No soy tan pretenciosa para considerar sus obsequios como emanaciones del corazón, sino como efectivamente lo son: pasatiempos que Uds., jóvenes á la moda, se creen permitidos con las jóvenes con quienes tienen relaciones.

Querida Elena, permítame que le recuerde que soy, sino el único, el más sincero y verdadero de sus amigos. Tráteme, pues, como tal y no con la ligereza que se acostumbra con los simples conocidos. Ud. no piensa como habla. Un profundo despecho le dicta sus expresiones. Ud. se cree ofendida por Roberto y su natural orgullo no le permite decirme la verdad. Abrame su corazón, seguro estoy de que aquí no hay más que un malentendido, una equivocación ó una calumnia. Vamos, Elenita, ya la escucho; pero vea de no ocultarme cosa alguna.

—¿Por qué ocultar á Ud. lo que sabe mejor que yo? Es cierto, Julio. Amo á Roberto. El parece, ó parecía adorarme; y, sin embargo.....

—Sin embargo qué? No se detenga en tan buen camino ¿qué sucede?

—Roberto ha dicho en alguna parte que él se quedará soltero si no logra casarse con Delfina Rosales.....

—Ja, ja, ja, ¿que diátele eso no tiene sentido común, ¿de dónde ha sacado Ud. tal absurdo, Elenita?

—Andrés Córdón.....

—No me diga una palabra más; parece que Ud. no conociera á ese infeliz. ¡Oh amor, amor, como haces verosímil lo imposible, y transformas la luz en tinieblas. ¡La mujer más racional, la más juiciosa; en una palabra, Ud., Elena, la más inteligente criatura que conozco, no es, apesar de eso, más que una mujer celosa, que dá crédito á las sandeses de Andrés Córdón!!

Vamos, Elenita, eso no merece discusión. Ud. sabe tan bien como yo que Roberto la adora de un modo exclusivo, con pasión tenaz é ilimitada, que solo aspira á ser su compañero de tejas abajo y que moriría si perdiera esa esperanza! Veo que vuelve el color á iluminar su lindo rostro y esa sonrisa llana y placida me dice que Ud. misma se burla ya de sus sospechas. A otra cosa. Si yo le aseguro que con cierto jesto ó ademán suyo, en el lugar y hora convenido, nos trae grandes bienes á mí, á Roberto y á otros amigos comunes, será Ud. tan buena y complaciente que, sin pedirnos explicaciones, nos ofrezca no negar ese jesto ó movimiento.

De mil amores, segura como estoy que ni Ud. ni Roberto me expóndrán al ridículo ni á una acción inconveniente—¿qué debo hacer?

—El próximo domingo ca la tarde, después de las cinco pasará frente á la ventana de su cuarto, el capitán Wolf; le pedimos pues, que al llegar ponga Ud. su dedo índice en la boca é incline la cabeza como en señal de afirmación. No tenga cuidado, pues eso á nada la compromete y á nosotros nos hace gran bien.

—Así lo haré, aunque en verdad, la cosa me parece ridícula y un poco cómica; pero confío en Udes, y los creo incapaces de exigirme cosa alguna que sea indecorosa ó no correcta.

—Así lo esperaba, Elenita, y adiós por hoy. Es entendido que Ud. recibirá á Roberto como antes de la invención de Andrés.

El domingo que siguió á la anterior conversación, Elena Escoto esperó en la ventana del salón el paso de Wolf; al ver á éste, con una mano se descubrió y saludó y la otra la llevó al corazón con disimulo. Elena inclinó dos veces la cabeza y llevó sin afectación el dedo á la boca como quien impone silencio.

Wolf observó atentamente los movimientos de Elena y quedó de tal manera satisfecho, que emprendió una especie de galopa hablando solo. No le quedaba duda de que era correspondido y de que Espinoza no le engañaba.

Capítulo XIII.

Lorenzo Rakosky á Ana Worzinsky.

San José de Costa Rica. A. C.

En buen apuro te encontrarás al leer el nombre de la ciudad y de la República de donde te escribo.—Recordarás que al dejarte en Londres te di mi dirección en Madras para donde era mi intención tomar la mala de la India. Tu primera idea debe haber sido la de que en Madras hay un barrio que se llama Costa Rica y una calle llamada *San José*. Pero, después de buscar en el diccionario geográfico te habrás encontrado con trescientos San José, esparcidos en toda la América y España; después corre á la C-Costa Rica, y probablemente no has encontrado tal nombre, pues antes de venir á este país, quise una vez saber que tierra era la que le da su nombre á cierta clase de café que se toma en Londres, y encontré lo que sigue en dicho diccionario "C. Rica ó P. Rico que es lo mismo; isla del Océano Atlántico en las Antillas mayores ó grandes Antillas; colonia española poco próspera, que produce café, azúcar y tabaco de mala clase, etc., etc., etc." Así es que en tu ánimo debo yo habitar una colonia española y vivir entre mal tabaco, azúcar y café.—Dime si realmente has pasado por esa mistificación de los geógrafos.

Por mi parte te diré que si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia. Lo que saca en limpio es que el mundo está por descubrirse aún y que conozco muchísimos lugares en Europa cuya descripción llena los diccionarios geográficos, y las memorias de los turistas, que no sufren la comparación con este país y que están habitados por pueblos muy inferiores á Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.

Pero esto debe importarte poca cosa y debes estar ansioso por saber las circunstancias que me hicieron abandonar mi viaje á la India y cambiarlo por el de América.

Elegué á Southampton y tomé un cuarto en el Royal Hotel. Al tomar el lunch en el comedor encontré haciendo lo mismo á una familia que se comunicaba en francés; pero claramente se veía que no eran franceses, tanto por el acento y modo de pronunciar el idioma, cuanto por ese color indescriptible que el sol de los trópicos imprime á los licheos ó desgraciados habitantes de aquella zona.

La familia se componía del padre, la madre y la hija, que era una joven que podía tener diez y ocho años. Después supe que eran de la América Central, y se nombraban don Juan Rosales, doña Elvira Hío Seco y Delfina Rosales. Según parece, ésta última me tomó por uno de esos ingleses escéntricos, mapiáticos y medio dementes que tanto abundan en la Gran Bretaña; digo esto, porque desde que me vió lanzó una carcajada tan natural y exenta de afectación que sin quererlo empecé yo mismo á reír.

Esto redobló la hilaridad de la encantadora niña hasta el grado de verse obligada á tenerse el estómago y á escurrir las lágrimas que su ataque de risa le producía. Los padres de ella pasaban un mal rato con lo que ellos llamaban mala-crianza de su hija.—Es lo cierto que el Sr. Rosales se dirigió á mí dándome mil excusas por la inconveniencia de la niña. Yo las acepté riendo y aun les manifesté que lejos de ofenderme, me agradaba mucho ver una joven tan cumplida y elegante abandonarse sin recelo ni segun-

da intención á los impulsos de una impresión primera. Repentinamente la fisonomía de la joven se cambió de risueña en seria y tomando una hermosa pera que coronaba un frutero en la mesa, besó dos ó tres veces la fruta y con el ademán más encantador y gracioso, se acercó á mí y me ofreció la pera frescamente húmeda de sus besos.—En señal de reconciliación y amistad, me dijo, y haciéndome una cortesía á lo colegiala, desapareció.

Inútil es procurar explicarte la clase de impresión que esa preciosa niña produjo en mi ánimo, pues que yo mismo no he logrado explicármelo.—Sólo te afirmaré que esa impresión fué inmensa, agradable, suave.—Parecía que su presencia derramase por toda mi alma un baño de dulce placer. ¿Es esto amor? No, porque los celos no laceran mi corazón cuando veo que otros la galantean y que ella prefiera ó ame á otros.—Tiene algo del amor paternal, de la amistad: en fin, no se que fuerza oculta é irresistible me atrae hacia ella. Lo cierto es que, cuando ellos me preguntaron para donde iba, les respondí, que casualmente éramos compañeros de viaje, porque yo pensaba visitar la América Central. Adós, pues, la India y los elefantes y las zebras y los tigres de Bengala y los leones de Bangora.

Me vine con la Pícolina y héteme aquí en San José de Costa Rica, hotel de Vigne, plazuela de la Merced frente á la Iglesia del mismo nombre; país que agrada mucho á Pik, y al que solo encuentra el defecto de ser muy cara la cerveza y el jin.

Capítulo XIV.

Estalla la revolución.

Julio Espinoza y sus amigos tomaron como fundamento de su empresa revolucionaria, una virtud del soldado costarricense: su disciplina y ciega obediencia á su jefe inmediato.

Se trataba pues de explotar en provecho de la libertad, el mejor atributo de nuestros milicianos; virtud que algunas veces lleva al heroísmo y á la verdadera gloria, pero que entre nosotros ha sido la principal causa de la existencia prolongada de las dictaduras. Si nuestros soldados deliberaran habría dictadores; pero durarían semanas, mientras que sin esa liberación duran años.

El proyecto de Espinoza, era, pues, combatir la dictadura con sus mismas armas.—Hacer creer á una parte de nuestro ejército, que se le conduce al combate para sostener el orden establecido; que cada disparo de su regimiento mata ó hiere un conspirador, un sublevado, ó lo que es lo mismo: un enemigo del Gobierno que es "*nuestro padre*" como generalmente dicen los campesinos, y lograr de este modo que marche tranquilo y confiado á enfrentarse con la muerte.—Si se logra, pues, que un regimiento ó dos de las provincias marchen sobre San José con esa convicción, la victoria es segura, suponiendo por otra parte que ha podido obrarse de modo que el Gobierno sea sorprendido é ignore los antecedentes.—Si se triunfa, no importa que las tropas conozcan la superchería después; si todo fracasa, el Gobierno vencedor se encuentra con inocentes y no puede castigar á infelices que venían en su ayuda, y solo palacerían los jefes que conocían el fraude ó engaño de que usaban.—Esto entendido, veámos como desarrolló Rosales tan científico plan de ataque á la dictadura.

Todo preparado por Julio Espinoza y Roberto Delgado, y presos estos por sospechas que una simple dirección puesta en una cubierta de carta habian producido, los demás conspiradores continuaron dispo-

niéndolo todo bajo la impulsión recibida antes de aquellas.

Asegurados de la cooperación del Coronel Wolf y de la de dos oficiales de la plaza de Heredia, los habitantes de San José presenciaron atónitos el día 1º de agosto de 187. los acontecimientos que pasamos á referir.

Al pasar el tren que salía de esta capital, á las 11 a. m. por ser un domingo, quedó en Heredia uno de los conspiradores que llamaremos Z. Las milicias de ese departamento estaban reunidas en la plaza principal.—Después de una corta conferencia entre Z y el oficial comandante del cuartel, salió un cabo en busca del comandante de la plaza, para avisarle que un soldado se había mal herido y que deseaba hablar con el jefe militar del departamento.—Preguntó donde estaba el soldado nombrado y el comandante del cuartel lo llevó á un cuarto cuya puerta estaba guardada por un centinela. Entraron ambos. Una vez en el cuarto, el comandante del Cuartel comunicó al de la plaza que quedaba arrestado por orden del General en Jefe, é incomunicado. Si hace alguna tentativa para salir ó hablar, haced fuego sobre él, dijo aquel al cabo de la guardia y se procedió á liar debidamente los brazos del jefe, á quien también se le puso una mordaza.

Z quedó de comandante del cuartel y esperó la vuelta del tren de Alajuela. Cuando este pitó, salió con sus oficiales y mandó tocar atención formando en cuadro á los cuatrocientos y pico de hombres que maniobraban en la plaza, y á punto seguido los arengó brevemente diciéndoles que el Gobierno estaba en peligro: que los cuarteles de San José estaban en plena sublevación y que á ellos, heredianos, tocaba el honor de salvar el orden público marchando sobre San José á sitiar dichos cuarteles en donde estaban los revolucionarios, quienes, dichosamente no habian sido ayudados por la población y era fácil dar cuenta de ellos. Concluyó con un viva la República! viva el Presidente! mueran los traidores! y sobre la marcha y después que la banda militar hizo oír el himno nacional, partieron entusiastas á tomar el tren. Cada soldado llevaba treinta tiros en la cartuchera. Hay que advertir que Z habia mandado cortar el hilo del telégrafo que comunicaba con San José y apoderarse del de Alajuela para que nadie pudiera dar aviso.

Llenos tres carros de pasajeros y dos de carga, partió el tren que conducía la fuerza que obedecía á los revolucionarios, en la buena fé de que se trataba de defender al Gobierno. En el camino, el jefe ofreció grandes premios á los que se portaran bien. La principal consigna, intimada bajo pena de muerte era: que ningún individuo de aquel pequeño ejército debía hablar ni comunicarse con ninguna persona extraña aunque perteneciera al sexo débil.

(Continuará).

SIRIO.

MI PRIMERA CANA.

Artículo romántico-llorón.

¿Per qué pálida y triste la violeta...!

Si, la primera cana. De entre mi cabellera negra como el ébano, saqué el indiscreto hilo blanco que anuncia ya los

albores de mi vejez moral. Soy joven: apenas han pasado diez y nueve octubres desde que vine al mundo.—Yo no puedo decir, como se dice de toda mujer, que han sido diez y nueve primaveras, porque no fué en la época de las flores cuando nací.—Fué en octubre; en ese mes tristísimo, cuando el sol apenas asoma su faz desmayada por entre plomizas nubes: en ese mes de flores marchitas, de gemidor viento, de hojas caídas. El cielo parece que llora; una fina lluvia destempla los nervios, y la naturaleza está envuelta en el ropón de la tristeza. ¡Qué sombrío es octubre!

Mi parte moral no se sustrajo á la conformación que el tiempo da á todo, y en el mes de las hojas secas adquirí mi genial melancolía. Hasta físicamente soy lo que es mi alma. Lejos de mi modo de ser está la alegría bulliciosa, la locura encantadora de esas muchachas que parecen por su carácter mariposillas juguetonas, traviesas gotitas de luz que se cuecen por el intersticio de la ventana y llegan á darnos cariñosos besos en nuestro lecho, al despuntar la aurora.—No; yo soy mujer melancólica; nunca ríe estrepitosamente, nunca bailo con delirio, la *toilette* jamás me la hago á *coeur battant*, llena la mente de programas de dicha. Sonríe á medias, bailo con desgano, me visto sin nimiedad: de mis ojos no brota jamás el rayo que incendia sino la mirada suave; yo no podría inspirar nunca á un ingenio ardiente; tal vez sí podría ser la heroína de una leyenda melancólica. Más que de raza latina parezco hija del Rhin.

No se lo que es el amor. Mi corazón no ha palpitado con violencia por nada ni por nadie.

Esta cana que le arrancado de mi cabeza no es la hija de un desengaño, es la caída de una esperanza. No es que una mano cruel haya roto, en las luchas de la vida, la áurea trama de un ensueño, sino la muestra patente de que mi corazón, envuelto en su nostalgia, falto de la savia de las pasiones tempestuosas, se reseca como flor de invernadero, cuyas hojas amarillean por falta de sol.

Yo siento en el fondo del alma mis pasiones adormecidas; apenas de vez en cuando envían á mi cerebro un soplo de vida y entonces sueño con algo muy bello, y miro dibujarse con bien marcadas líneas, un ideal, y suspiro por esos placeres tempestuosos que hacen subir al cielo en su delirio sublime ó que arrancan el alma á

pedazos y hacen brotar lágrimas de fuego. Pero ese ensueño dura un minuto. Al tornar mis ojos á la realidad, desaparece la ilusión y vuelvo á quedar sumida en mi natural melancolía.

Mi primera cana me ha arrancado un suspiro, me ha hecho verter una lágrima.

¿Por qué esta nieve prematura? ¿Por qué se viste mi cabeza con la albina toza que es el ropaje de las cabezas causadas, abatidas, quemadas por el viento de la pasión y por la pesadumbre de los años? ¿Por qué entre el negro y lustroso cabello que corona mi frente viene á mezclarse este presagio de muerte?

Ah! Y á pesar de esa cana, yo se que mi corazón no ha envejecido, yo se que la hora de la pasión aun no ha sonado: que el momento en que á impulsos del amor se rompa el velo de melancolía que envuelve mi alma quedará descubierto el tesoro de mis pasiones meridionales y de mis ilusiones prístinas. Yo advino que á impulsos de un sentimiento yo llegaría á ser alegre, decidora, chispeante, amorosa, y que el cielo de mi alma se desencapotaría de las sombras en que está envuelto como octubre.

Pero ¡quién sabe! Tal vez estoy destinada á ver día por día coronarse mis sienas de blancos hilos, en mi plena juventud. Tal vez deberé vivir siempre melancólica y morir sin sufrir ni gozar”.

Esto poco más ó menos puede decir cualquier muger que tenga diez y nueve años, que sea melancólica y que haya nacido en octubre.

COCKMAN.

22 de mayo.

HOY cumpla años.

¡Cómo pasa la vida, cómo pasa! No puedo convencirme de que no era ayer cuando corría montado sobre una escoba, cuando hacía el general con un kepis de papel, unas charreteras de cáscara de naranja y una espada de cartón. ¡Qué días tan felices aquéllos!

Regresaba á casa jadeante, con la cara sucia, las faldas fuera de los pantalones y las medias medio caídas sobre los zapatos.

Entraba de medio lado para ocultar á mi madre una gran rotura que traía en mi chaquetilla listada.

Pero no había escapatería. Mi madre tenía muy buenos ojos.

—Ven acá, me decía, mañana te pondremos un vestido de cuero.

Eres un desconfiado, un destrozón, que no consideras á tu pobre padre.

Si supieras lo que que cuesta ganar el dinero!

¡Jesús! Dios me dé paciencia con estos muchachos!!

Todo el mundo á rezar el rosario!"

No se quedaba bicho viviente en la casa, que no fuera á parar al gran aposento de mi madre, donde, entre dos velas de estearina, encontrábase un lienzo que representaba á la Virgen María con el niño Jesús en los brazos.

"Mucha devoción.

Por la señal

¡Cuánto debió de agradecerme la Virgen los esfuerzos que hacía para no dormirme y el millón de cosecoroncitos y pellizcos que me costaron sus rosarios!

—"Si te vuelves á dormir en el sofá, cierro la puerta y te dejo á oscuras, para que venga el animal negro y....."

No había acabado de decirlo, cuando ya estaba refugiado entre sus faldas y caminaba así, curullándome en sus piernas, hasta mi cama.

Una canita con baranda de hierro, pintada de azul y blanco.

Persíguete nuevamente.

Eso es, así.

Ahora el bendito.

Buenas noches".

Resonaba un beso.

Un angel batía sus alas sobre mi cabeza y cerraba los ojos.

Luego pasaban en tropel merengues, caramelos, piononos, suspiros, melcochas, muñecos con la cara colorada, trompos, soldados de plomo y muchos, muchísimos confites de diferentes tamaños y colores y, por fin, la aurora y con ella la voz de mi madre que me decía: "¡arriba, arriba!"

Llega el sábado.

¡Que día tan grande para los muchachos josefinos es el sábado!

Rodeábamos á nuestra madre, asidos á sus faldas, y ella iba repartiéndonos el cinco.

Aquellos cinco centavos eran para nosotros un tesoro.

Representaban un manojito de melcochas de Escasú.

Una docena de naranjas.

Cuánto valía ese cinco!

Un día me dijo mi madre:—"Tienes diez años, mañana te confesarás y el domingo recibirás la sagrada comunión."

No se me había ocurrido nunca pensar en mis pecados.

Cuántos tenía; y cuán negros!

Volví los ojos á mi alma y horroricéme

Diez centavos tomados de la mesa de mi padre, sin previa autorización de su dueño; unas cuantas mentiras; un falso testimonio levantado

á mi primo Chepe para librarme de un castigo y, sobre todo, ¡carambal, (esto me ponía los pelos de punta.) sobre todo un crimen: yo debía una muerte. Hacía tiempo que me había olvidado de mi falta.—En la niñez las impresiones, agradables ó no, pasan rápidamente.

Pero al repasar en mi memoria los mandamientos, me encontraba con el que dice: "no matarás," y yo había matado; y el remordimiento volvía á pasar sobre mi alma como loza de plomo.

Para acallar mi conciencia, recordaba que él me había provocado, que él me arañó primero, y que al tirarle la piedra, no pensé en matarlo y que si le acerté en la nariz, fué por casualidad. Pero nada, el crimen me mordía el alma y el gato estirándose convulsamente y con el hocico lleno de sangre, no se me apartaba de la vista. Y luego pensaba en el padre Ulloa, y temblaba de pies á cabeza, y el corazón me latía violentamente.

Cuando me ví cerca del padre, me quedé frío, y todo el valor que me habían infundido las palabras de mi madre desapareció, y sudaba acongojado. Era en su salita de estudio, llena de libros y papeles en desorden. A la primera palabra que me habló, eché á llorar.

Creo que ni los monstruos que pinta el Dante me hubieran metido tanto miedo.

El me acarició las mejillas, me regaló una estampita de la Virgen; pero nada, no sacaba partido.

Entonces se levantó el bondadoso sacerdote y trajo: ¿qué creeran Uds. que trajo? Una cajita con pasas y confites. Ese argumento me convenció más que sus palabras benévolas.

Capitulé y diez minutos después abandonaba la casa del buen cura, contento como unas pasenas. Adiós gato! adiós diez centavos! adiós culpas. Me sentí liviano, aligerado de gran peso, me sentía otro, en una palabra.

Llegó el día de la primera comunión. Desde las cinco de la mañana comenzaron los preparativos. Me pusieron un vestido nuevo; nuevos eran también el sombrero y los zapatos. Mi madrina se quitó una cadenita que llevaba al cuello y de la que pendía un hermoso relicario, y me la puso á guisa de reloj. Cuando abrí la ventana, la aurora iluminaba ya el cielo. Qué bonito es el amanecer! Pero esa mañana era mejor que todas las otras. El sol tenía más luz. El cielo estaba más limpio. Aurora de ese día, ven, ven ahora, disipa las sombras que oscurecen mi alma!

No quiero que se borre de mi memoria ni el más insignificante detalle, no quiero que se me escape ni uno sólo de los latidos que entonces dió mi corazón.

Llegamos á la iglesia y.....Pero no, estos son mis recuerdos más dulces; la historia

de ese día es mi mayor tesoro, y quiero ser avaro.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA.

Washington 1888.

SATURNO.

QUIEN suponga que vamos á hablar del hermoso planeta que tiene una densidad casi igual á la del corcho, que efectúa su revolución en 30 años, que está rodeado de un anillo luminoso, y que amén de sus ocho satélites, presenta particularidades que atraen la curiosidad de los astrónomos, quien tal suponga se equivoque por la mitad de la barba. Vamos á tratar algo del Saturno de la mitología, de aquel viejo con grandes alas, armado de una hoz formidable, y con un reloj de arena en la siniestra mano. ¡Un viejo alado! Sí, un viejo cuya partida de bautismo está guardada en los archivos de lo infinito; un viejo verde que no es ningún gotoso ni tullido, puesto que camina con pasmosa velocidad; judío errante, que no se para ni se cansa á pasar de su marcha redoblada; avaro dotado del don de abilidad, que lleva en su siniestro reloj de arena la cuenta minuciosa de sus deudores; padre sin entrañas, que engendra hijos y se los engulle como merengue; ser impalpable, que todo lo consume, que todo lo reduce á polvo y hace renacer de los escombros que amontona, nuevos seres bajo otra forma, para destruirlos nuevamente y comenzar otra vez su operación inicua.

¡Qué alegoría más acabada para representarnos el tiempo!

¿Hay algo que ponga más á prueba nuestra constancia y que á la vez nos enseñe á ser más inconstantes?

¡Con qué afán bendecimos lo que viene, como renegamos de lo que se va, y con qué ligereza se desarrollan en nuestra alma dos sentimientos opuestos, un amor lleno de promesas, y un odio cargado de maldiciones y desengaños!

Ayer soñábamos esperando los placeres de hoy, y mañana lloraremos recordando los sinsabores del presente.

El tiempo, compañero inseparable de la marcha del universo, que ha visto derrumbarse todo con estruendo, mientras él solo queda en pie, si pudiera ser nuestro confidente, de cuántos errores nos sacaría, cómo nos obligaría á reconocer nuestra orgullosa pequeñez!

Orgullosa pequeñez humana, que todo lo quiere escudriñar y que, sin embargo, no ha podido decir donde está los dos extremos de esta cadena portentosa que llamamos tiempo. Tiramos de un lado y no acierta á dar con el principio; tiramos del otro y la cadena no da indicios de acabarse nunca. Intentamos medir el tiempo y nos gloriamos de nuestros ensayos, pero en realidad los medidos somos nosotros. El tiempo si no es pasado, es presente ó venidero; las demás subdivisiones son caprichos de nuestra miseria. Ni siquiera la duración exacta de los años hemos podido determinar á pesar de las reformas juliana y gregoriana. Qué mucho que nos perdamos en un laberinto, cuando queremos fijar la edad que cuenta el mundo!

Caminamos hacia adelante en el mismo sentido que el tiempo, esto es, con la espalda vuelta hacia la cuna, y con la frente hacia la sepultura, pero caminamos con tal rapidez, como si temiésemos llegar dema-

siado tarde á una cita de importancia, que nos parece que estamos inmóviles y que es el tiempo el que vuela precipitadamente en sentido contrario.

Si es insondable el pasado, no lo es menos el porvenir. Cada instante nuevo, es una sustracción que se hace al venidero para agregarla al pretérito; pero por más que restemos de un lado y por más que sumemos del otro, la operación nunca se acaba. Bien dice el refrán "que hay más tiempo que vida".

En el pasado, en ese inmenso desierto sembrado de cadáveres, donde tantas dulces armonías se han extinguido, donde vagan sombras errantes y silenciosas, apenas distinguimos á manera de piedras miliarias, los recuerdos de grandes personajes y de extraordinarios sucesos.

Siglos, años, meses, días, horas, ya lo dijimos, son divisiones caprichosas, pretexto inventado para ponderar los adelantos, para encubrir debilidades, para vender gato por liebre, y en fin para evadir toda responsabilidad. La humanidad, con los años que tiene encima debiera estar cien veces más adelantada, pero como está es una inculpación que nos hacemos á nosotros mismos, conviene decir para mayor elogio de nuestro progreso, que la humanidad es una muchacha pizpereta, que nació ayer. Las naciones, las leyes, las instituciones, las costumbres, todo es cosa de ayer, cuando hay que hacer ponderaciones. Un edificio se viene al suelo, porque su pésima construcción así lo permite, pero no hay que recriminar al arquitecto, sino al tiempo que es el editor responsable de todo lo malo, de todo lo falso, de todo lo deleznable.

Fijémonos en las diferentes fases que presenta la vida del hombre, y veamos cómo el tiempo es el factor absorbente de todas las causas. Los niños son seres de pocos años, crisálidas que acaban de transformarse en mariposas, botones de rosa que todavía no dan señales de entreabrirse, seres inquietos y traviesos, que pueden meter la mano impunemente en el bolsillo del papá y en la caja de joyas de la mamita, que pueden machucarlo todo, tocarlo todo y destruirlo todo con la impaciencia de un demente con delirium tremens. La juventud es la síntesis de cuatro ó cinco lustros, la mariposa que ya conoce ambientes y jardines y la manera de libar el jugo de las flores, el virginal capullo convertido en corola voluptuosa, la inocente mano que registraba los bolsillos paternos y los estachos maternos, convertida en mano atrevida que sofoca corazones, en mano codiciosa que escudriña gavetas y atrapa tesoros, en mano criminal que mancha honras, forja ilusiones y destruye felicidades en su inquietud desaforada y loca. La ancianidad es un exceso de vida, una mariposa que perdió el polvo de oro, y que con las alas plegadas, está adherida á un tronco vetusto, una flor sin pétalos, con el cáliz arrugado y doblada sobre el tallo que la sustenta, la mano juguetona cambiada en mano yerta, que buscaba el calor de una alma joven, el archivo de los cuentos y consejas, la fábrica de amores rancios, de galanterías exóticas y de amartelamientos pueriles.

De modo que los pocos años sirven para hacer travesuras domésticas; cinco lustros para estar alegres y hacer travesuras sociales, bajo la inteligencia de que la poca edad, responderá por todo desatino; y unos cabellos blancos, una boca sin dientes, y una espina dorsal muy doblada, para regañar sin ton ni son á todo el mundo y para hacer niñerías que se escuchan con la chochez.

Por la observación de otras fases de la vida, ya un poeta había dicho que la vida humana es simplemente una mezcla de la vida del asno, de la del perro y de la del mono. Al hombre que mejor le va, tiene que trabajar sin descanso dos terceras partes de la vi-

da, y el resto lo tiene que emplear en cuidar como un lebré, y en hacerlo gracias á sus hijos, como un mono de Teinán. Por este motivo pensamos que el tiempo no marcha con regularidad. Si sufrimos, va despacio; si gozamos, qué de prisa camina, como vuela!

Bien podemos desconfiar de nuestras fuerzas, de nuestros amigos, de nuestra situación, pero es imposible que dejemos de tener una fé ciega en el porvenir, para el cual aplazamos siempre nuestros proyectos, nuestros ensueños de gloria, nuestra felicidad terrenal, todo este conjunto de aspiraciones, este caudal de deseos que constituyen el único patrimonio de la pobre humanidad.

¡Mañana, el año entrante! Hé aquí el plazo que candorosamente señalamos todos los días para recibir á esa maga esquiva, á esa fantasma del cual andamos siempre enamorados, á esa deidad cortejada que se llama felicidad. El *mañana* llega, el año entrante pasa y siempre quedamos en espera, hasta que sin sospecharlo nosotros, el viejo Satanao dice: "engullámonos este merengue", y al contacto de aquellas enormes mandíbulas, comprendemos entonces, que los bienes no se aprecian sino cuando ya se fueron.—La salud, ¡oh qué hermosa parece la salud cuando las enfermedades han clavado sus garras en nuestro orguismo! ¡Qué tentadora es la riqueza cuando el tiempo arrebató el último centavo!

No sin razón espera tranquilo el hombre justo el fallo de la posteridad, como no sin razón lo teme anticipadamente el malvado, porque el tiempo es un mar iracundo, agitado por violentas, horribles tempestades. La humanidad irremisiblemente tiene que naufragar en ese abismo que traga vidas y lanza cadáveres á esa playa de la historia en donde hay bosques de laurel y palmas de victoria, formidables hogueras y cuervos destructores. ¿Dónde estaría el adelanto de la humanidad si el tiempo no se encargara de descubrir misterios y de poner á la vista el espejo inmenso del pasado?

Los hombres adelantan á fuerza de desengaños. Al llegar á este punto voy á hacer una observación. Figúrate que se os convida para un banquete espléndido; os imagináis un elegante edificio con escaleras de mármol, mesa con surculentos y esquisitos manjares, anfitriones dispuestos á echar la casa por la ventana, comenzales de buen humor con quienes vais á departir sobre todo lo que sabéis, muchachas alegres, que os miran á hurtadillas detrás de las cortinas, que agitan sus pañuelos de batista y llevan los dedos á la sonrosada boca para lanzar una lluvia de besos; os imagináis todo lo mas bello, registráis en vuestra tarjeta el número de la casa, dirigis hacia ella los pasos y cuando pensáis llegar á vuestro destino suponed que no hubiera nada, absolutamente nada de cuanto esperábais. ¡Qué infamia! ¡Una burla grosera, un engaño imperdonable! Aunque se os diga que es día de los inocentes no perdonaréis la broma jamás. Otra vez no os engañarán tan fácilmente.

Cuando en el corazón humano se agita sin descanso el deseo vehemente de ser feliz, el tiempo se complace todavía en hacer mayores burlas, convirtiéndose en un verdugo sin entrañas ni piedad. Levanta á los ojos encatadas visiones de contornos vagos y vaporosos, aviva el apetito echando sobre los objetos un velo que no permite verlos con entera claridad, provoca la ambición, pone en tortura todas las pasiones, y cuando ya el espíritu está desgarrado por la inquietud, resulta que todo era un cuadro de linterna mágica, fenómenos de un espejismo engañoso. ¡Qué decepciones, qué tiranía! Parece imposible después de semejante traición, que el hombre vuelva á caer en el garlito, y á pesar de todo es lo más fácil, porque en tratándose del tiempo la humanidad no escarmenta

nunca, sino como que más bien se complace en repetir el nombre de su enemigo y habla del buen tiempo, del tiempo malo, del tiempo calamitoso, del tiempo envidiable, y de otros muchos tiempos que en rigor son uno solamente.

Cuando tomamos el tiempo para base de nuestro criterio, es imposible determinar las contradicciones en que incurrimos. La mayor inprudencia que hay es preguntarle por su edad á una mujer que tiene más de veinte años. El hombre, con toda su sabiduría, hace menos caso de las gracias corporales de la mujer que raya en los cuarenta, que de un barril de lo añejo que cuente la misma edad.

Existen obras y manuscritos que en su tiempo no valdrían nada, pero que dos siglos de vida se han encargado de señalarles un puesto en los templos de la moderna civilización, en los grandes museos y en las grandes bibliotecas donde se interroga á los vejestorios empolvados por los secretos del tiempo que ya se fué para no volver jamás.

El suntuoso edificio que nos deslumbra con su hermosura y su riqueza, no produce en nosotros la misma impresión que las ruinas circundadas que se ocultan entre los echos y arroyanos.

Muchas veces he oído exclamar á gentes que no pueden vindicarse de alguna acusación, ó que no encuentran quien apoye la veracidad de sus palabras: "el tiempo lo dirá" Y tienen razón, pues cuando menos se espera, el tiempo, á manera de fiscal, lo revuelve todo, y aparecen en confusión muchas glorias mancilladas, muchas perlas desenterradas del lodo, mucha basura, mucho oro, mucho humo y nada de apariencias. La fría realidad deja caer la máscara del engaño y se presenta con todas sus atractivos ó con toda su repugnancia. La inocencia y la justicia triunfan entonces de la perfidia y del dolo. No hay hipócritas fingiendo virtudes, no hay aduladores defendiendo á los perversos, no hay pasiones, ni mentiras, ni sofismas que impidan al tiempo decir con franqueza la verdad, toda la verdad. Por fortuna el tiempo no es ningún verdugo que sale súbitamente de su escondite á ejecutar sentencias, sino un compañero nuestro que tiene estambre de cambiar de vestido á cada paso, como para deslumbrarnos, como para que no sintamos la subida, como para que no echemos de ver la bajada. Ora se presenta vestido de reflejos dorados, blancos, azules y encarnados; ora se viste de luto con su manto negro en que chispean millones de luceros; á veces viene coronado de rosas derramando el vendor y la frescura; en seguida se cubre de un ropaje de fuego, marchita los jardines y lo llena de polvo; más tarde viene rodeado de relámpagos, acompañado de truenos, de oscuridad y de tristeza, con su inmensa regadera, convirtiéndolo todo en pantanos y en montones de nieve; por fin se acerca coronado de pámpanos y racimos, con el hervor de la abundancia, premiando los afanes de cuantos han regado la tierra con el sudor de su frente. ¡Qué pícaro! Y cómo se burla de nosotros, qué bien sabe donar la plidoral!

Así pasan años y más años sobre nosotros, que, desalados en pos de una bella esperanza, víctimas de horrible suplicio, *solo aprendemos á moldear lo que se aleja y á batir palmas por lo que viene.*

¡Qué prueba más palpable damos de nuestra inconstancia cuando en la última noche de diciembre exclamamos: fuera el viejo, venga á acá el recién nacido!

En fin, ya es mucho divagar, y para concluir es justo que confesemos, aunque se nos achaque á presunción, que al borrar estas cuartillas, sólo hemos tenido en mira, matar el tiempo.

Julio 8 de 1888.

R. M. QUESADA.